



La humillación

Philip Roth
Traducción de Jordi Fibla
Mondadori. Barcelona, 2010
155 páginas. 17,90 euros

La humiliació

Traducción de Xavier Pàmies
La Magrana. Barcelona, 2010
120 páginas, 18 euros

NARRATIVA. CONVENGAMOS EN que Roth viene construyendo desde *Elegía*, espléndida, y con *Sale el espectro e Indignación*, una tetralogía de la decadencia, en más de un sentido de su propia decadencia, física y creativa. Si así es, *La humillación* la completa, y lo hace hasta el punto de tratar precisamente, ironía rothiana, de la pérdida de talento y de creatividad de un sexagenario actor de Broadway, de su declive y de su incapacidad para fingir que es otra persona, esto es, para crear personajes que no sean él mismo. Se llama Simon Axler, pero en realidad podría llamarse Philip Roth, pues también Roth ha entrado en decadencia, no puede crear personajes que no sean él mismo y sus últimos libros los protagonizan tipos decrepitos refugiados en la frustración, el sexo y el recuerdo. Como un frágil castillo de naipes abatido por un soplo, Axler es testigo de su inseguridad en el escenario (el mundillo teatral y el método del actor son de lo mejor del relato), de su decrepitud física y del desmoronamiento de su vida conyugal. Trata de remontar el vuelo de la mano de la cuarentona Pegeen, lesbiana inestable hija de unos amigos actores de su quinta (o Pretty Woman venida a menos), a la que le hace de Pigmalión mientras ella enciende los celos de su amante, pero fracasa porque a Pegeen no le bastan los juegos eróticos y lo abandona por otra, y sólo le queda entonces pensar en el suicidio, tan teatral. Busca fuerzas en el ejemplo de Sybil van Buren, un ama de casa que un día las tuvo para asesinar al marido al que sorprendió practicando sexo con su hijita. Simon preparará su muerte como si fuera su último papel, máxima concentración para una única representación. Hace cuarenta años que interpretó a Gavrilovich, el joven aspirante a escritor de *La gaviota*, que se siente fracasado, en un montaje del Actor's Studio en Broadway. *La humillación* es una vida en tres actos, y una *nouvelle* excusable, con destellos geniales y una soberbia ironía de maestro, pero previsible y epigonal. Apenas si aporta nada a la trayectoria del inmenso autor de *El lamento de Portnoy*: "Había perdido su magia. El impulso estaba agotado", se lee en la primera línea del relato. Pues eso es. Aunque la historia, sórdida, esperada con paciencia a que Clint Eastwood la convierta en otra película impecable. **Javier Aparicio Maydeu**



El inquisitorio

Robert Pinget
Traducción de Elisenda Julibert
Marbot ediciones. Barcelona, 2009
431 páginas. 24 euros



Vía Layetana (1952), de Francesc Català-Roca.

El mismo recuerdo

Maletas perdidas

Jordi Puntí
Traducción de Rita da Costa
Salamandra. Barcelona, 2010
456 páginas. 17,50 euros

Maletes perdudes

Empuries. Barcelona, 2010
456 páginas. 17,95 euros

Por **María José Obiol**

NARRATIVA. LEES Y PRESENCIAS una despedida. En la cocina desayunan un niño y sus padres. Amanece. Después se escucha un claxon. Bundó y Petroli, los amigos y compañeros del padre saludan desde la cabina del camión ¿o sólo lo hace él cuando el Pegaso se pone en marcha? Conducen un camión de mudanzas con itinerario europeo. Pienso en esa imagen que la lectura me devuelve. Una familia despidiéndose. La madre, el padre y el niño. Pero el narrador señala edades: entre los tres y los siete años. Me he equivocado. Vuelvo a leer. La madre regresa a la cama con su hijo. El padre ya ha dicho adiós. Todos tenemos el mismo recuerdo. Eso dicen los cuatro. ¿Qué cuatro? Los cuatro hermanos que veintitantos años después se conocerán y reconocerán y juntos intentarán averiguar qué ha pasado con su padre. El mismo para todos. También los mismos cuentos, la misma mirada, el mismo adiós. Los hijos: Christof (Francfort), Christopher (Londres), Christophe (París) y Cristòfol (Barcelona). El recuerdo del Pegaso con Bundó y Petroli en la cabina para los tres primeros. Gabriel Delacruz se llama el padre. Sigrun, Mireille, Sarah y Rita, las respectivas madres.

Apenas empieza esta estupenda novela de Jordi Puntí (Manlleu, Barcelona, 1967) y ya se ha instalado el deseo de despejar las brumas de una desaparición o de una huida. Confieso admiración por la recuperación de hechos nimios que nos llevan de un lugar a otro, de unos brazos a otros abrazos; también curiosidad por el hallazgo de vesti-

gios que calladamente se van incorporando al recuerdo y por la suma de detalles que parecen insignificantes pero que refuerzan memoria. En *Maletas perdidas* se recompone el tejido del tiempo con escenas resplandecientes y quien lee habita la novela de manera apasionada. Hay una transparente naturalidad en ir de aquí para allá en la historia que es una y tantas. Estoy en los años cuarenta: niños en la Casa de la Caridad. Hijos de represaliados. Gabriel abandonado, el mercado del Borne. Leche que se amamanta y que huele a bacalao. Escritura en el orfanato. Imágenes. Llego a los sesenta y setenta, donde se desarrolla gran parte de la novela. El enigmático Gabriel, el bondadoso y afable Bundó (siento debilidad por Bundó), el pragmático Petroli. Viajes, pensiones, casas donde se desbaratan muebles para su traslado. Vidas nómadicas, pero rutinarias y sosegadas en su ajeteo de miles de kilómetros. Mayo Francés, canciones en las casas de españoles en Alemania, barrios obreros en Londres y el hervidero de una Barcelona desatándose de ligaduras. Y la voz que narra que no es una sino cuatro, hablándole a esta lectora que sabe sin saber, desconcertada al no tener siempre la certeza de cuál de los cuatro *crístobales* habla. Son hijos buscando sin melancolía, demasiado jóvenes para añorar, y aunque se trate de personajes trascendentes, póquer de ases de un avezado jugador (Gabriel Delacruz y el propio escritor), el auténtico protagonismo está en Gabriel, Petroli y Bundó. Como si fueran cómicos representando una y otra vez la misma obra, pero con esa profesionalidad del que sabe hacer de cada mudanza una función distinta. Por eso Puntí, ¡qué bien lo ha contado!, ha decidido abrir maletas y cajas de mudanzas para descubrir lo que contienen y así internarse en nuevos caminos. Porque cerrarlas, el protagonista buscado lo sabe, es sufrir aluminosis en el recuerdo y necesidad de apuntalarlo. *Maletas perdidas* es apasionante. No se la pierdan. ●

NARRATIVA. LEYENDO *EL INQUISITORIO* advertimos lo grande que fue el *Nouveau roman*, tan despreciado en España y tendenciosamente juzgado como una escuela que sólo dio novelas raras e inútilmente complejas. ¡Qué lástima! Lo único que exigían los novelistas adscritos al *Nouveau roman* era un poco más de atención en el lector, sólo un poco más: a cambio le descubrían formas de narrar inéditas, con planteamientos radicalmente nuevos acerca de los personajes, el argumento y el punto de vista. A pensar de haber nacido en Suiza

en 1919, Pinget es considerado un escritor francés, en parte porque su vida trascurrió sobre todo en París desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y en parte por lo cerca que estuvo siempre de los autores más relevantes del *Nouveau roman*, de los que aprendió mucho y a los que acabó vinculándose fatalmente. Antes de llegar a la novela, Pinget aprendió a tocar el violonchelo, publicó varios poemarios y estudió pintura en París a las órdenes de Jean Souverbie, discípulo de Braque. Lo que equivale a decir que antes de abordar el

género narrativo Pinget fue músico, poeta y pintor. Tres oficios que impregnan toda su obra y muy especialmente *El Inquisitorio*, donde sobresalen la música de las frases y los párrafos más que de las palabras (música fluida, variable y a la vez serial), la poesía afilada y sinuosa en las definiciones y comparaciones, y finalmente la pintura en la forma de describir a los personajes y sus paisajes, tanto campestres como urbanos, con estructuras cromáticas superpuestas y una estética que bien podría estar emparentada con el cubismo. El argumento de *El Inquisitorio* no es complejo (un criado es interrogado acerca de la desaparición del intendente del castillo en el que trabaja), lo complejo son los personajes, y especialmente el criado, que sin que nos demos cuenta nos va enredando con una narración que son dos: la formada por las confesiones y la formada por las omisiones. Lo más prodigioso de *El Inquisitorio* es que, en lugar de desplegar planos diferentes de conciencia, como haría Faulkner, Pinget va desarrollando toda la historia sobre el mismo plano (como un pintor) hasta que de forma tan fluida como secreta empiezan a aparecer la doble narración y la doble conciencia. Una obra maestra. **Jesús Ferrero**



Fantasías animadas

Berta Marsé
Anagrama. Barcelona, 2010
248 páginas. 17 euros

NARRATIVA. ME GUSTA Berta Marsé. Hay algo muy auténtico en ella que me gusta reconocer cuando la leo. Escribe como si contara, pero con el estilo depurado de quien logra hacer eso. No de los escritores que escriben así y basta. Tal vez por eso me recuerda a cuentistas de tradición estadounidense como Raymond Carver o JD Salinger. Aunque sobre todo Carver. Sus personajes, como los de Berta Marsé, son gente normal que hace cosas normales y que la literatura los convierte en seres extraordinarios. Y sin embargo hay cincuenta años de diferencia entre ambos autores. Y esa especificidad del norteamericano es un recurso que funciona de una manera distinta si lo leemos en español hoy. La cotidianidad se ha vuelto fuente inagotable de *reality shows*, cuentos efímeros de los periódicos o cortos que se presentan en salas de lo que antes solía llamarse cine culto. Esa aparente normalidad que Carver lograba convertir en algo esencial está siendo hoy demasiado explotada y ese peligro acecha a Berta Marsé. No porque su cotidianidad y la cotidianidad de esos otros medios sea la misma. Sino porque hoy estamos muchísimo más blindados contra la normalidad. Apenas nos la creemos. Y sabemos que hay algo increíblemente extraño en todos nosotros. Y aun así Berta Marsé logra mantener colgada de un hilo esa cotidianidad no como si fuera algo normal sino como si fuera algo literario. Y eso la aleja de Carver y les da una fuerte personalidad a sus narradores. Consigue crear normalidad, no sólo transportarla. E inventa niñas vecinas que juegan a cocinas, familiares que sólo importan cuando aparecen en la televisión o amigas aburridas que a pesar de todo son capaces de ser extremadamente sensibles. Unos cuentos más logrados que otros, claro. Pero todos ellos con esa cosa como de pureza que la aleja del resto de su generación. Porque da la sensación de que tiene pretensiones distintas. Y que es, antes que nada, lectora. **Lolita Bosch**